

La realidad norteamericana

El Individuo en las masas (IV)

Por JORGE ELLIOTT

Debemos ahora preguntarnos: ¿Qué pasa con el individuo molecular dentro de este gran cuerpo masivo que es la actual sociedad? ¿Es más feliz, más equilibrado? Está, por cierto, en mejor situación económica que nunca en los Estados Unidos, pero no por eso es más feliz. Hay demasiada soledad, una terrible ausencia de propósito y forma. Además, al pertenecer a una masa inmensa en vez de a un núcleo reducido, no se encuentra ubicado establemente y debe, por lo tanto, para no perderse en ella, comportarse de una manera impuesta por el grupo.

En la revista "Look", del 18 de febrero de este año, aparece un artículo firmado por George B. Leonard Jr. intitulado "El hombre norteamericano. ¿Por qué teme ser distinto?". En él un personaje hipotético llamado Gary Grey despierta un día y se da cuenta de que se ha olvidado de la palabra "yo". Se descubre diciendo: "Vamos a tener una reunión esta mañana... Vamos a iniciar un programa de expansión... Vamos a ir a la logia esta noche". Este descubrimiento lo induce a contemplar su situación: "Sentía el agradable calor de su frazada eléctrica. Pensó en el reloj termostático del hall; dentro de media hora encendería la caldera y se levantaría a comer en un ambiente cómodo, un desayuno nutritivo. Los problemas de su vida estaban resueltos. Al menos que se produjera una catástrofe podía sentirse seguro de que el futuro le ofrecería muchas recompensas, entretenimientos, una casa más grande, un mejor automóvil; podría enviar a sus niños, David y Sharon, al colegio y luego a la universidad para ayudarles a transformarse en adultos aptos. Pero no estaba feliz.

Había pasado sus días y sus noches guiado no por la luz intensa de íntimas convicciones personales, sino bajo la gris y vaga sombra de la duda y la incertidumbre... ahora, en este instante de revelación entendía el porqué. Había perdido su individualidad. En la gran y libre democracia de los Estados Unidos, sutilmente se le había usurpado un fuero valiosísimo que los países comunistas usurpan a la fuerza".

En otro artículo hemos señalado que el vagabundaje en los Estados Unidos desarraiga a los individuos, por lo cual viven en comunidades a las cuales no pertenecen y en las que sólo pueden surgir si son conformistas, pero en este artículo se nos revela hasta qué extremo, en el mundo masivo, la reducción del ser a un ente psico-estatalítica ha permitido violar la intimidad humana: "Después de tres años en la compañía, antes de que se le ascendiera y trasladara de Chicago al Oeste, se le había sometido a una desagradable prueba que hoy le es

familiar a miles de norteamericanos. Principió con un test de Rorschach. Era difícil sino imposible intuir las respuestas adecuadas, pero sus compañeros le habían dicho que era normal; ver en esas manchas de tinta símbolos sexuales. Pero el psicólogo no se había contentado con respuestas vagas, su curiosidad profesional no había reconocido las barreras de la intimidad y durante toda una tarde Gary se había descubierto entregando detalles de su vida que consideraba secretos y sagrados.

Debe haber pasado la prueba porque lo ascendieron, pero ¿por qué había permitido que se violara su integridad, su vida privada? ¿Por qué iba a tener la compañía derecho a urgir en su vida sexual? La respuesta es obvia: el grupo, la masa, tiene siempre la razón. El individuo tiene un solo deber: adaptarse". La ciencia y en particular la psicología están creando métodos aterradores por cuyo intermedio el grupo, la masa, se impone al individuo. Podría preguntarse: ¿qué otra ciencia fuera de la psicología crea métodos similares?, todas, por cuanto hay compañías que hacen investigar a sus futuros empleados con el fin de determinar si llevan una vida normal o si defienden ideas indeseables.

Las firmas investigadoras violan todas las normas humanas de respeto al individuo. Siembran las casas con aparatos llamados, creo, transisters; diminutos transmisores que se pueden esconder detrás de una fotografía o un espejo. Así graban los momentos más íntimos de la vida privada del ser investigado. Es un cuadro terrible y patético pero, por suerte, contra él se reacciona hoy violentamente en este país; justamente por esto sigue siendo él una verdadera esperanza.

Estados Unidos no tiene la culpa exclusivamente, es la tecnología occidental, el esclavo mecánico de que habla Gheorghiu que se anodera del mundo al hacerlo tan extenso que invita a que se le controle por medios tecnológicos. Estados Unidos como decíamos, sigue siendo una esperanza porque ya se siente en él una presión individualista alentadora.

El artículo que he citado es un síntoma, como lo son muchos otros que continúan apareciendo a diario en periódicos y semanarios. Tiene que venir un cambio o el hombre deberá en el futuro soportar una esclavitud psicológica endemoniada. Poco, muy poco puede esperarse de los países marxistas donde se ha mutilado el concepto de individualismo, confundiendo con "egoísmo". Esto nos recuerda de una línea del poeta Auden: "Cristóbal se irguió pálido y exclamó: ¡Señores, no olvidéis, el hombre es un espíritu!".